

COSQUILLAS

30 céntimos



ASI PIENSAN ELLAS, por Demetrio.

¿Qué miran ustedes embobados; no han visto nunca unas piernas de mujer?... ¡Parecen ustedes tontos!... ¿Cómo? ¿Que ninguna les han parecido tan bonitas como las mías? ¡¡Pues parecen ustedes muy inteligentes!!



Las suculentas chicas de Romea y el gracioso Lepe en un cuadro que representa la "Rosaleta del Retiro", de la que es el guarda, cuando llegan estas nenas y empiezan a seducirle y a tirar de él. ¡Miren qué riquísimas son! ¡Miren cómo tiran!

Foto: Cortés.



COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Administración:

EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 23 de Julio de 1927

Núm. 43



DIÁZ-ANTÓN

El verano y las chinches

por

"El Chino desconocido"

(Continuación.)

Como iba diciendo; cuando yo era un inexperto cazador de chinches me ocurrían cosas lamentables; verdaderas catástrofes odoríferas, que apenas si podía neutralizar con agua de colonia. Era un dolor lo mal que me conducía en la caza del insecto que nos chupa la sangre. ¿Quieren ustedes que les de un curso de caza? Me parece provechoso, ahora en verano... ¿Les parece? ¡Pues allá va sabiduría en esto de pinzar la chinche!

Hay que acostumbrar la vista a que de repente sepa apreciar cual es la más dañina de aquellas chinches que corren en todas direcciones por la almohada tan pronto os incorporáis en el lecho. La chinche es veloz cual la gacela, pero más chica; ¡Si la chinche fuese del tamaño de la gacela nos habríamos hecho eso!

Cuando la vista está acostumbrada, no hay más que incorporarse de repen-

te, enfocar la mirada y ¡zas! pero no vayan ustedes a creer que este ¡zas! es un manotazo que deteriore la suave piel de la chinche, la cual está llena de vuestra preciosa sangre; no señores; se trata de asirla con un suave pinzado de los dedos índice y pulgar de la mano diestra, mientras con la siniestra sostenéis elegantemente cogido por el asa, el recipiente que sabéis. Cuando se tiene presencia de ánimo, se suelen coger hasta siete en dos segundos. Yo he llegado a cazar en un minuto unas treinta y dos; diréis que estoy lleno de miseria, pero treinta y dos, no quito ni una liendre.

Y es que vivo en una casa vieja, en la cual las chinches encuentran buen acomodo; en mi casa las hay feroces. ¡Se me revuelven algunas, no digo más!

Creo que con esta ligera lección teórica que les acabo de sacudir, abandonarán el viejo sistema pictórico o sea el aplastamiento contra la pared, la cual acaba por presentar el aspecto de como si todos los matarifes se hubieran limpiado los dedos en ella. ¡Y vamos; no es elegante!

EL CHINO DESCONOCIDO.

(En el próximo número disertaré sobre las excelencias de la paja en el refresco y en dondequiera que se halle, y también de sus inconvenientes.)



CONSEJOS POR DIÁZ-ANTÓN

No te desanimes porque una mujer te rechace; procura no perder la serenidad para observar fríamente la forma en que te ha rechazado; piensa en que muchas mujeres son como las galas, que cuanto más in-

teresante les resulta la permanencia en el tejado, más bufidos pegan.

Ni cuando la ofendida te sacuda el guantazo de uniforme, en casos de magreo, te desanimes. Ni las alquiladoras de la calle te toleran que las taces en desconocido. ¡Qué no harán las mujeres honestas, porque lo son o porque lo quieren ser! (Esta frase me la van a grabar en plancha de platino).

Si quieres ver en película, o sea prácticamente, cómo se avasalla discreta y dulcemente a una mujer, no dejes de ver al actor Jon Gilbert en la película "El gran desfile".

Antes que te cases, mira cómo lo haces. Mira cómo lo haces, por si no lo haces como es debido, para rectificar.

Cuando te bañes en compañía de una mujer guapa, con la que no tengas la suficiente confianza, y si la mujer es de esas que si vestidas te producen desórdenes, en traje de baño te hacen que se caliente el agua a tu alrededor, procura estar retirado de ella unos quince centímetros, poco más o menos (distancia internacional).





Un número del programa

¡Aleluya! ¡Aleluya! Han terminado las operaciones de Marruecos y, para celebrarlo, se piensa en un programa de festejos, un programa que llamaríamos "cañón", para estar a la moda, si no fuera porque tratándose de paz le va mal el vocablo. Los programas de festejos han gozado siempre de mi predilección. Tengo alma de festivo como otros tienen—y yo no—, un traje para los domingos. Y mi alma brinca dentro de su almarío cada vez que se anuncia en las esquinas un ciclo, por modesto que sea, de divertimientos a base de charanga y de puestos al aire libre.

Estas fiestas de la pacificación de Marruecos han de tener un carácter eminentemente popular. Aclamaremos a las

tropas cuando desfilen por las calles de Madrid, las seguiremos—las precederemos mejor dicho—, marcando el paso delante de la escuadra de gastadores—¡quién fuera gastador!—y allí donde se dispare un cohete, o se dejen oír las dulces notas de un manubrio, o se perciba el apetitoso olorillo de la fabricación de churros, allí estará nuestro faraónico cuerpo presto a todos los devaneos y a todas las exaltaciones.

Si gozásemos de influencia cerca de las personas que han de organizar estas fiestas, las aconsejaríamos que, al margen de todo cuanto tenga carácter oficial, sin perjuicio de dar la debida solemnidad a los actos que se realicen—todo, en efecto, se lo merecen nuestras valientes tropas—, den cabida a las exhibiciones de ciertas manifestaciones de la vida mora que habrían de llamar la atención en Madrid por lo que tienen de sugestivas y que servirían para desvanecer un tanto la leyenda pavorosa forjada, más por razones de historia y de atavismo que por realidades tangibles, en torno al carácter del pueblo que está sometido a nuestro influjo civilizador.

Nos referimos a la conveniencia de traer a Madrid un par de docenas de "narradoras de cuentos", muchachitas de pocos años y de infinita gracia, de las que hay cantidad suficiente en las ciudades de nuestra zona de Protectorado.

Gregorio Corrochano, el ilustre cronista de "A B C", Enrique Arqués, el talentoso Jefe del Negociado de Prensa de la Alta Comisaría, Antonio de Lezama y algún otro compañero más, recordarán siempre la tarde que en Larrache pasamos con cuatro de esas jovencitas, de lo más escogido en su género.

¿Verdad que merece la pena? ¿Verdad que si vinieran a Madrid y se las preparase un alojamiento discreto donde pudieran ser visitadas el éxito sería redondo?...

¡Oh, la picante historia del pobre caminante que llega a la casa de la amada tras largo caminar por el desierto y al que el cansancio privó de vigor para dar rienda suelta a sus pasiones!... ¡Qué bien relatado, qué bien descrito, qué

mímica tan expresiva la de la doncella!

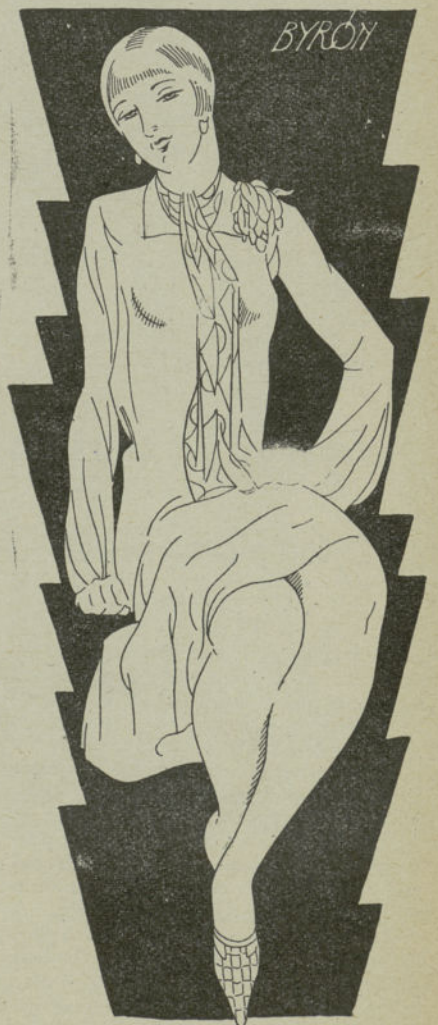
Y aquel otro cuento del ciego que pide alojamiento en el aduar del viejo casado con la adolescente, ¡qué prodigio de color para vivir la escena de la hospitalidad y de la que resulta que el que no ve es el esposo!...

El repertorio es rico y las narradoras habilitísimas.

Para exhibirlas en la Corte—¡vengan los empresarios atrevidos!—, bastaría con aleccionarlas para que en la mímica no traspasaran ciertos límites con el auditorio. Porque resulta que tienen que decir, por ejemplo, que para castigar a un fulano le ataron una cuerda en el dedo gordo y le arrastraron de esa guisa, lo llevan a la práctica con el primer incauto que se emboha escuchándolas.

Y, la verdad, no todos lo encuentran agradable....

LEOPOLDO BEJARANO



GANA DE JUERGA, por Byrón.

¡Tengo más ganas de que los hombres se den cuenta de que este aire espiritual mío no es más que decorativo!...



ALPINISMO, por Demetrio.


Ella.—No puedo yo hacer estas ascensiones porque tengo este tobillo muy blando.

El.—No le apure; acabará por endurecerse como me ha pasado a mí.



UNA SEÑORA DECIDIDA, por Demetrio.

- ¿Me permite la señorita que suba mi novio?
- ¿Es aquel tío tan estupendo que está en la esquina?
- Sí, señorita.
- Pues dile que suba ahora mismo... Sí; y tú vete a sacar las cédulas.



Cosas de Belorcio

Nada menos que todo un hombre

—¡Oh, mon Dieu! ¡Se estaba él mucho del tiempo que me estaban llegados los rumores de que mi dulce Chochette me la era pegada a mí...

—¡Caramba, Cornichet!

—Me sí; pego yo no me le hacía del caso, porque verdaderamente no me poseía la prueba de su infidelidad de mi Chochette...

—Además, tendría usted una gran confianza en ella.

—¿En Chochete? ¡Ni un pelo!

—Entonces...

—Pero yo estaba confiado a su cariño. Ella se estaba siempre celosa... Me daba de los grandes disgustos, me hacía de las extraordinarias escenas, hasta el punto de que yo me fuí seriamente pensado de envenenarla...

—¡Cornichet!

—¡Oh, la, la! Muy desididamente. "Esta bella mujer se está toda ella imposible y me está haciendo de la vida amarga... Yo me la enveneno un día cualquiera de las bebidas que nos tomamos... todos los dos".

—Eso es criminal, Cornichet; envenenar el vermouthe, el whisky, la soda...

—Yo no digo que la soda; pero la enveneno, esto sí.

—Bueno, todo eso lo decía usted entonces.

—¡Oh, la, la! Pues claro; entonces lo decía... Pero los rumores que a mí me eran llegados de la infidelidad de Chochette, cada vez se estaban más alarantes... Me fué recibida una carta del todo definitiva. Así se decía ella. "Esta noche al Café Español, se estará mi Chochette infiel con un pelotari vasco".

—¡Hola!

—Sí; lo creí con mis dos pies

en puntillas... Mi Chochette se sentía ella un gran afecto a todo el género masculino; pero se inclinaba mucho a los españoles; se inclinaba más de lo que mi decoro galo podía permitir... Yo no me estoy un galo pacífico; yo me estoy un galo de pelea...

—¡...!

—¡Caballero!

—¡...!

—¿Eh?

—¡...!

—¡Esto no, caramba!

—Ahora, continúe.

—A las once en el punto, me estaba yo arrancado para el Café Español, todo yo desidido a haserme un sanglante escarmiento en la infiel Chochette y en su adúltero pelotari... Salí hasie el café...

—¡Bravo!

—Salí bravísimo... A mi bolsillo izquierdo acarisiaba yo el culato de mi pistola.

—¡Se masca la tragedia!

—Llegué... Abrí la puerta, mi-

ré hasia dentro y... ¡¡Sí!!... ¡¡Allí se habían venido los dos!! ¡¡Allí se estaban ambos!! ¡¡Mi Chochette toda ella sonreída junto al pelotari, un hombre gordo y fornido, que se tenía al cabeza un boinita pequeño y presioso!!... ¡¡Ah, de los miserables!!...

—Tiemblo...

—¡Avansé hasia ellos de los grandes pasos extraordinarios y velosos! ¡Se me quedaron blancos al verme! "¡Ah, granujas, que me estáis arrugando el honor mío! confesamos, ¿qué se le pasa?"

—Y, ¿qué?

—Entonses mesié el pelotari, me miró y me dijo: "Sí, señor, lo confesamos, ¿qué se le pasa?"

—Usted le marcaría el cráneo inmediatamente... ¿no?

—¡Más! ¡Muchísimo más!

—¿Le disparó todos los tiros de su revólver?

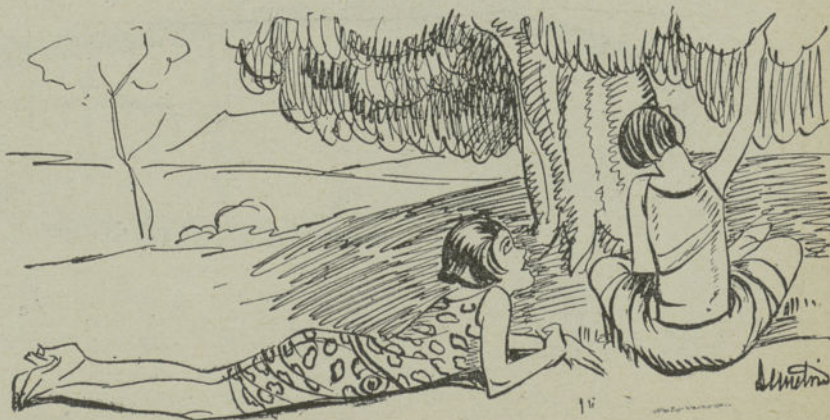
—¡Más! ¡Más! ¡Más!

—¿Qué hizo?

—Entonses yo, rechiné todos mis dientes, crispé mis dedos y, clavándole mi mirada de valiente a la suya, le dije: "¡¡Como yo le vuelva a ser visto con mi amante Chochette..., le tiro la boinita a la asotea de Notre Dam!!..."

BELORCIO.

Editorial 1927
Apartado 8.032



OBSERVADORAS, por Demetria.

—Mira; son macho y hembra.

—Pero no se les puede distinguir.

—Es verdad; esperemos a ver qué pasa.



LOS ZAPATOS MASCOTA, por Picó.

La doncella.—¿Y por qué siempre que sale la señorita sin que lo sepa el señor prefiere llevar estos zapatos?
 —Porque son los únicos con los que no me ha sorprendido el señorito.

Notas de Sociedad y movimiento veraniego

Por AMARANTO

Ha sido comentada con apasionamiento la noticia que se corrió anoche.

Se trata de la desavenencia surgida entre los esposos Relámez, los cuales, desde su enlace, efectuado hace ya cuatro años, no habían dado qué decir. Se decía que el origen de la cuestión era baladí, pues había sido por un perro chico.

Nosotros, mejor informados, podemos ampliar la noticia con un detalle importante; se trata de un perro chico en efecto; pero *lulú*.

* * *

La bella señora de Agotado, el insigne novelista de las descripciones ultra-templadas, nos comunica que no es cierto que ella siga forcejeando con un primo suyo, como se murmura en los alrededores de la Fuente de la Teja.

* * *

Con la condición de que él tosa en la escalera y haga mucho ruido al meter la llave en la cerradura, han hecho las paces los señores de Ensaladera.

Ella, la hermosa y caldeada señora de Ensaladera, dice que tiene que imponerle estas condiciones, porque su esposo es lo más inoportuno que hay. Se presenta siempre antes de que sus amigos se hayan vestido.

* * *

Por una discusión, en la que las dos querían quedar encima, se han separado *Las Tortell*, las hermanas bailarinas tan aplaudidas por todos los públicos. Deseamos que se vengán a razones las dos, o cuando menos, una de ellas.

* * *

Sin dirección declarada.

Sr. D. A. P. de la V. Z. Madrid.

Muy Sr mío y de mi consideración más fetén:

Tengo el sentimiento de manifestarle que como para mañana, antes de la hora de comer, no me haya girado usted los ochenta céntimos que le tengo pedidos en repetidas ocasiones, diré en esta sección lo que hay de cierto respecto a la obscuridad de su último hijo, relacionada con tres recados a deshora que llevó a su señora un *botones* negro.

En espera de sus gratas órdenes, pero preparada la pluma para urdir la canallada, queda su seguro servidor,

* * *

Ha sido lamentable el follón que se armó anoche, al filo de las doce, en la aristocrática mansión de los duques de la Trepanación. Se dice que el duque sorprendió a la bella duquesa dándole almíbar con el paladar a un célebre cantante de *milonguitas*, el cual a su vez y cuando había gustado la confitura, le colocaba a la aristócrata lo mejor de su repertorio argentino.

Total; que como la duquesa es la de la *pastá*, el duque tendrá que seguir *pastando*.

* * *

Para sus posesiones de Escalofrío de la Tomatera, han salido los condes de Acido Bórico, a los que

acompaña el secretario del conde, que es el que suele espulgar a la condesa, en cuya habilidad, dice la condesa que es un *hachón*.

AMARANTO.

Madrinas de guerra

Las solicitan:

Roberto Albert y Adolfo Gasso. Batallón de Ingenieros de Tetuán, Compañía Radio-Campaña, Ceuta.

Miguel Santos, Amador González y José Vasco.—Nador (Melilla), General Berenguer, 18.

Jaine Mayol, Comandancia de Intendencia, Tercera Compañía de Automóviles.—Villa Sanjurjo, Alpuemas.

Luis Molina y Baldomero Baeza, Batallón de Ingenieros, Compañía de Ferrocarriles.—Ceuta.

Pedro Carreras Castro.—Intervenciones Militares de Larache, Centro de la Garbia.—Arcila.

Miguel Muñoz, sexta Compañía de Telégrafos.—Alcazaba (Tetuán).

Germán Villatoro Ortega, del Batallón de Cazadores de Africa, número 110, tercera Compañía.—Larache.

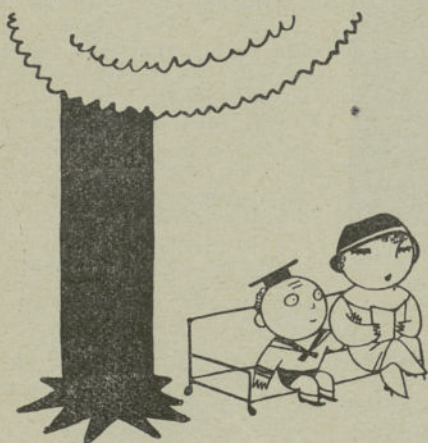
Arturo Pérez, David Sanz y Dionisio Carahlo, del Regimiento de Radiotelefonía y Automovilismo.—Apartado 54, Larache. Sección de Automóviles.



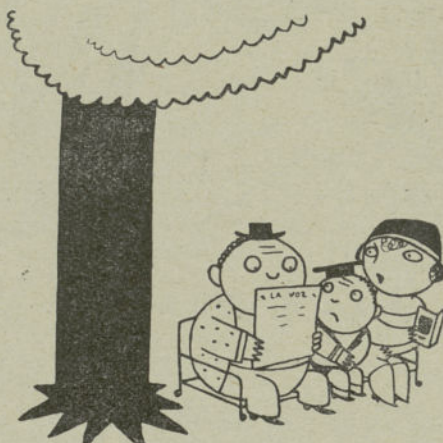
—¡¡Qué te viene una ola por la espalda!!
—¡No importa! ¡Por ahí soy más fuerte que ella!

Dib. de Picó.

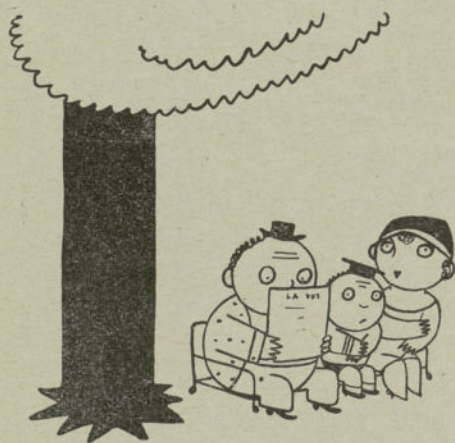
EL GORDO, por Mihura



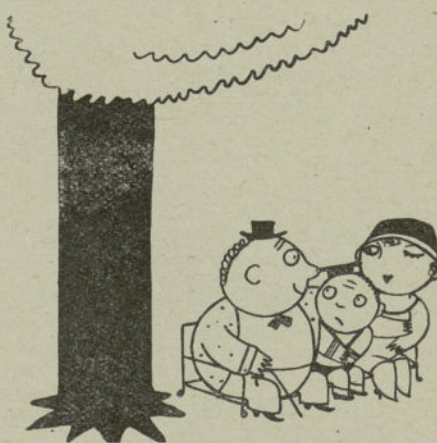
1.—Aurora y su hermanito, tenían la costumbre de sentarse todas las tardes a tomar el fresco en el único banco que había en aquel paseo.



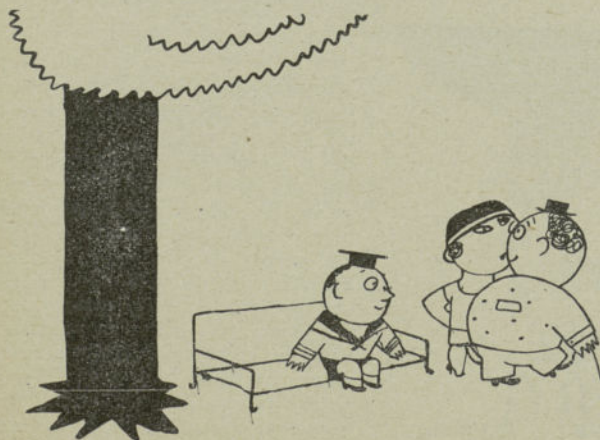
2.—Pero esa misma costumbre tenía un señor gordo que no les dejaba ni respirar.



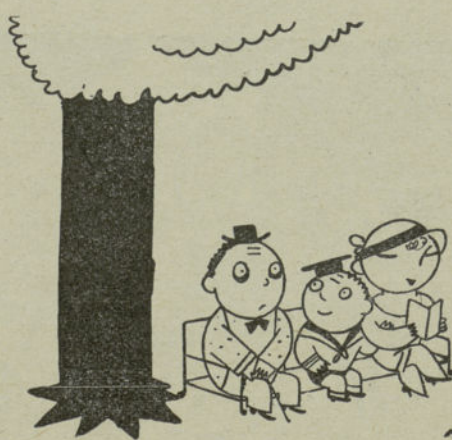
3.—Hasta que a la chica se le ocurrió una idea...



4.—...Le insinuó; se hicieron novios...



5.—...Se dedicaron a dar paseos por los lugares apartados...



6.—Y a los quince días estaban todos con una comodidad de harém.

Mihura
XXVII



Tres cartas y pico

Carta primera.

Querido tío Alfonso: He descubierto, al fin, una cosa que puede ser un negocio, con el cual vivir tranquilamente y hasta ahorrar unos cuartejos para cuando seamos viejos y no podamos ya trabajar. Esta cosa es un hermoso local, que hace esquina a dos calles inmediatas a la glorieta de Bilbao. Lo ocupa a la sazón un boticario que se ve obligado a dejarlo, porque aquí, digan lo que digan las listas demográficas, la gente goza una salud admirable y, por lo tanto, en todo piensa menos en la botica. Lo traspasa el hombre en muy buenas condiciones: tres mil pesetas. Yo puedo dárselas y así lo haré en cuanto tú me digas que cuento con otras cuatro o cinco mil tuyas, prestadas, para poner en marcha el negocio. ¿Cuál ha de ser el negocio? Un bar. Aunque hay ya bastantes, este es un sitio excelente y todo el *quid* del éxito, cuando de bares se trata, radica exclusivamente en este punto *sine qua non* del sitio. Situado estratégicamente no hay bar que fracase. Podría aducirte los

ejemplos por millares. ¿Me mandarás, pues, tío Alfonso, esas pesetillas?

Seguro estoy de que, mientras lees esta carta, más de una vez te interrumpirás y pensarás amargamente en cómo vienen a degenerar las más nobles familias hasta hacer que yo, miembro de una de ellas, venga a parar, a ser casi camarero. Eso, en tu pueblo, te hará saltar la sangre de las mejillas nada más que con la vergüenza de pensarlo; pero aquí has de saber que se mira la vida con más honda filosofía y que grandes y chicos, unos embozadamente y otros, con notable desparpajo, sólo andan tras el afán de ganar dinero, porque saben que el poseerlo les hará parecer grandes si fueron chicos y casi inconmesurables, si fueron grandes, así fuera de un palmo. Enviame, por consiguiente, esas pesetas y yo veré el modo de multiplicarlas mientras tú te aferras a tus antiguallas ideológicas.

Leonor sigue tan bonita como siempre. Está contenta. Es optimista. A veces, cuando se para a pensar un poco en nuestra situación, una sombra de tristeza pasa sobre sus ojos y los tor-

na más negros, mientras un suspirillo leve acelera el palpar de su pecho. Relámpagos; nada más que relámpagos, porque pronto renace la alegría en su semblante. Está más gruesa, aunque no tanto como ella y yo quisiéramos. El hijo, el deseado hijo no viene, a pesar de las ganas que tenemos, a pesar de *escribir a París* en cuanto hay ocasión, haciendo el encarguito. Por lo visto, querido tío, se deben de perder las cartas...

Contéstame pronto respecto a lo de las pesetas para saber a qué atenerme y recibe un fuerte abrazo de tu sobrino, que te quiere,

Antonio.

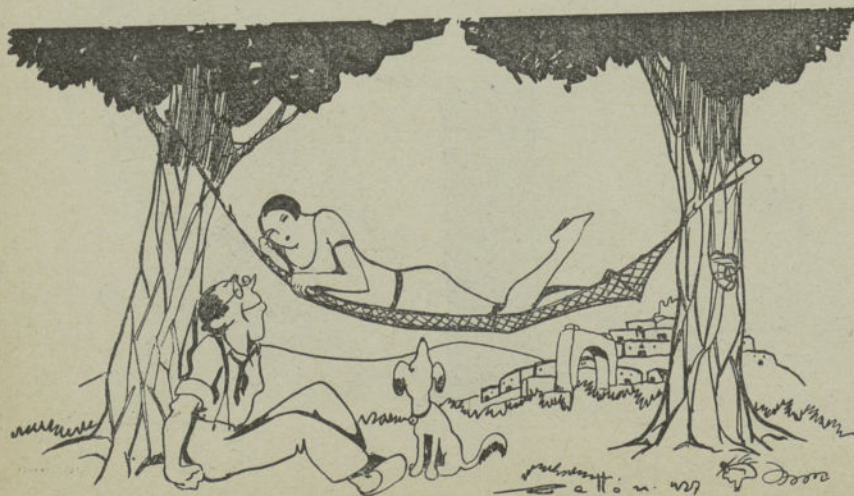


EN PLENA NATURALEZA, por Demetrio.

¡Rosita, Rosita; ven que ya está el burro de ayer!

Carta segunda.

Querido tío Alfonso: Me juré a mí mismo no escribirte hasta que el bar estuviera en marcha, y el mantenerme fiel a mi palabra me ha costado estar sin darte noticias más tres meses. Tres meses de un ajeteo endemoniado, de unir y venir infatigable, de gestiones sin cuento, de vigilancia ininterrumpida. Al cabo de todo ello, he aquí el bar nuevecito, alegre, atrayente, tentador como una buena moza fresca, joyante y apetitosa. Me gustaría que lo vieses. Se llama "Bar Chole", y es una verdadera monada. De noche todo él relumbra con múltiples luces; dos focos derraman en la calle sus vislumbres esplendentes; cuando se abre la puerta entra desde afuera el soplo multitudinario, sibilante, clamoroso, de la gran ciudad. Por un momento, parece que se apaga la pianola, parece que se



UNA PREGUNTA NADA MAS, por Bellón.

El.—Oiga usted, Purita. ¿Las hamacas tienen resistencia para dos?

esfuma el rumor de cucharillas y platos, parece que todo el local se queda como abrumado por la intrusión externa, potente y avasalladora. Pasa, sin embargo, un momento, y el bar renace a su vida encantadora, alegre y llena de imprevisto. Hay numerosas mesas y siempre se ve gente en ellas. Los camareros no tienen muchos ratos de ocio. Yo, por aquello de que "el ojo del amo engorda al caballo", lo dirijo todo; además, para que todo en el bar sea encantador, he puesto de cajera a una muchacha deliciosa. Es morena, con los ojos negros, con una sonrisa apicada en los labios; su voz es música regalada—lo único que se regala en el establecimiento—, su risa parece un chorrear de perlas sobre sonantes timpanos, y cuando por casualidad, cruza de uno a otro lado, sus pies poseen un ritmo especial, que imprime a su cuerpo un balanceo enloquecedor. Todo el bar, con sus molduras, sus dorados y sus coruscancias de cristalería y espejos, viene a ser como un estuche, donde se alberga la joya inestimable de la cajera. Por verla de cerca, por oirla, los hombres gastan más y aun algunos, desde sus mesas, comienzan a sentir, por contemplarla, síntomas de estrabismo agudo.

No puedo, pues, quejarme de mi suerte. Comienzo a ganar dinero. Si esto continúa así, te resarciré de tu préstamo antes de lo que había previsto y me dedicaré al ahorro de una manera desvergonzada y ejemplar. De este modo, si viniese el hijo, no hallaría vacía la casa. Y se alegraría de haber nacido.

Un abrazo—mitad y mitad—de Leonor y de tu sobrino que te quiere,

Antonio.

Carta tercera.

Querido tío Alfonso. Dos novedades interesantes hay que comunicarte. Es la primera la institución del *jazz-band* en el bar. El *jazz-band* no lo conocen aún en ese pueblo. Es una música de negros, salvaje, aulladora, enloquecedora, donde los motivos, dispares y enenigos, suben, bajan, se cruzan y entrecruzan arbitrariamente, sin otra finalidad que la de armar una zalagarda de los demonios. Yo, espiritualmente, preferiría en mi casa música halagadora, tierna y apacible. Pero aquí soy el amo del "Bar Chble", y, puesto en plan de comerciante, sólo me queda halagar los gustos del público, por estragados que me parezcan. Venga el dinero, que a eso estamos, y trepide el horrisono *jazz-band* hasta que todo, en torno nuestro, sea una frenética estridencia universal. Entre los forajidos que componen la orquesta tengo un negrazo auténtico, llamado Panchito. ¡Oh! Es muy gracioso. Y muy servicial. Se desvive por complacernos, principalmente a Leonor, la cual no puede verlo tocar sin desterrillarse de risa. Mientras el resto de los músicos toca con relativa calma, sólo

Panchito, encargado de dar la nota sensacional, se descompone en medio de un círculo de instrumentos inverosímiles, sobre los cuales asesta golpes furibundos, hechas aspas las manos, desorbitados los ojos, abierta y jadeante la boca, charolado el rostro por el sudor, temblequeantes las piernas, víctima de una repentina locura. ¡Qué gracioso resulta! Leonor le debe, como te he dicho, muy buenos ratos.

La otra novedad es infinitamente más interesante. ¡Qué alegría! Voy a tener un hijo, ¿sabes?, voy a tener un hijo.... ¡Al fin! Me nacerá este hijo de aquella cajera tan deliciosa de quien te hablé en mi carta anterior. ¡Claro! Es una muchacha encantadora. Me embrujó con el mirar de sus ojos, me rompió la voluntad con el cimbreo de su cuerpo. Todo yo me desmoroné y desmenucé entre sus brazos largos, suaves, semejantes a dos sierpes morenas... Adivino, tío Alfonso que, al llegar a este punto, frunces el entrecejo y, por consiguiente, me falta valor para continuar la broma. ¿No adivinaste ya quizá que Leonor es la cajera? Pues sábelo de una vez. Fué antojo suyo, del que hasta ahora no hubimos de arrepentirnos. ¡Qué contentos estamos los dos! Tú, por supuesto, serás el padrino de lo que nazca. Abandonarás por unos días tu rincón y vendrás. Habrá que sacrificarse por el nuevo sobrino. No se admitirá disculpa alguna. Ya lo sabes. Y conoce-

rás a Panchito, que ahora mismo—te escribo en el mostrador—diríase que padece un ataque de epilepsia bajo la mirada risueña y pausada de Leonor.

Un abrazo más apretado que nunca de tu sobrino,

Antonio.

El pico.

Han pasado seis, ocho, diez meses sin que, después de la anterior, don Alfonso Rodríguez haya recibido carta alguna de su sobrino Antonio. En vista de ello comisionó a un vecino del pueblo, llamado Blas, que había de ir a Madrid, para que visitase a su pariente y viese lo que ocurría.

Blas ha vuelto de Madrid. Lleva ya en el pueblo varios días y aún no se aventuró a comunicar a don Alfonso el resultado de su entrevista con Antonio. Blas sale a la calle, con intención de hacerlo, pero en vano. En cuanto ve la casona del hidalgo, párase petrificado, cabizbajo, dubitativo, y somormuja medio comiéndose las palabras:

—¿Con qué cara me presento yo a don Alfonso y le digo que tiene un sobrino mulato?...

Tras de lo cual desanda lo que anduvo...

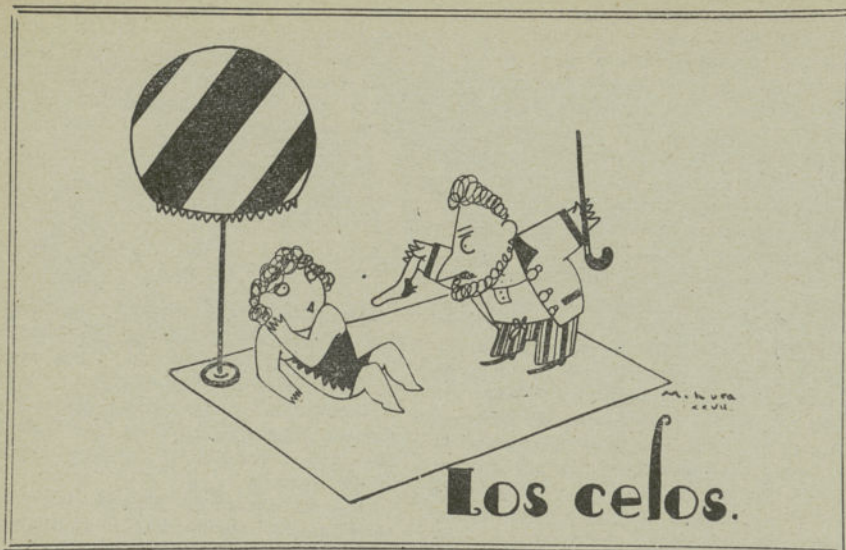
JOSÉ A. LUENGO



¡HIJA DE MI VIDA!

¡Qué falsos son los tíos!... ¡Me aseguró que no se cansaría de mí en todos los días de mi vida, y apenas llevaba ocho a mi lado se ha ido agarrándose a las paredes! ¡Falsos!

Dib. de Picó.



Quando una mujer rubia se come enteros dos bocadillos de jamón, es porque tiene apetito. Cuando se come tres, es porque tiene hambre, y cuando se come media docena, es porque ha encontrado un primo que se los abone. ¿No les parece a ustedes? ¡Claro, hombre! Bueno, vamos a empezar.

PRIMERA PARTE

El hombre, los celos y las criadas de Segovia.

¡Los celos!
¡Puaj! ¡Qué asco!
¡Qué cosa más horrible son los celos, Dios mío!

Los celos es una cosa algo colorada que obliga al hombre a morderse las uñas de la mano derecha.

En algunas ocasiones, también le obliga a morderse las de la mano izquierda y se dan casos en que algunos sienten la necesidad de masticarse las de los dos pies.

Además, el hombre que tiene celos, entra en la taberna a pedir cazalla, fuma muchos cigarrillos canarios de los amigos y no se cepilla los pantalones.

Igualmente, el individuo celoso, se baja de los tranvías en marcha, hace viajes a Toledo y dice muchas picardías; entre ellas, "canastos" y "cuernos".

El hombre que tiene celos es idiota.
¿Pero quién no es idiota?

¿Y quién no ha tenido celos alguna vez?

Todos hemos tenido celos, como todos, igualmente, hemos tenido una criada de la provincia de Segovia y un grano en una pierna.

Esto es inevitable, como no tener dinero.

Pero es estúpido como cazar saltamontes.

SEGUNDA PARTE

"Vulgar escena de celos que se representa frecuentemente en todas las casas con ascensor."

Y luego, las escenas de celos son terribles.

¡Sí, sí, terribles!

Yo he tenido muchas escenas de celos y he sufrido mucho.

Yo tuve una querida que era zurda; pero, a pesar de eso, me quería con delirio.

(Les ruego a ustedes que no crean ni por un momento que cuando digo que yo tuve una querida y que tuve una novia y que tuve un hotelito en Pozuelo, lo hago para presumir. Nada de eso. Confieso que la mayoría de estas cosas son perfectamente falsas. Lo que pasa es que, en lugar de decir, como otros, que el hotel o la querida o la novia, lo tuvo don Florencio Regúlez o don Inocencio Esquínez, digo que los tuve yo y con esto me divierto mucho más. ¿Comprenden ustedes? ¡La vida se ha hecho para gozar!)

Pues bien; yo tuve una querida, a la que tenía puesto un piso.

Pero mi querida tenía la costumbre de timarse descaradamente con todos los individuos que no usaban barba ni sombrero de copa.

Esto, hace sesenta años, no me hubiese importado gran cosa.

Pero en este siglo, me molestaba bastante.

Y un día me cabreeé.

Y fui y la dije todas estas cosas.

Tuve con ella la clásica escena de celos.

Fijense ustedes qué manera de razonar y de decir cosas sensatas.

Yo.—¡Eres una infiel y yo te detesto!

Ella.—¡Te digo que te engañas!

Yo. (Como una fiera).— ¡Si estuviese equivocado no me engañaría!

Ella. (Con gesto displicente).— ¡Pues por eso te engañas!

Yo.—¡Tú eres la que me quieres engañar, hembra prostituida!

Ella. (Yendo hacia mí).— ¡No te consiento que me insultes!

Yo.— ¡Yo no te insulto, te digo la verdad!

Ella. (Con gesto de asco).— ¡Tú qué vas a decir la verdad!

Yo.— Sí. Te digo la verdad, porque no te miento.

Ella. (Sentándose en una butaca).— ¡La culpa la tengo yo!

Yo. (Muy furioso).— No. ¡La voy a tener yo encima!

Ella.— ¡Pues por eso!

Yo. (Con gesto de desdén).— ¡A ver!

Ella. (Con pena).— ¡Claro!

Yo. (Con ironía).— ¡Pues por eso te digo que la tengo yo!

Ella.— ¡Ah! ¿Sí?

Yo. (Con mucha más ironía).— ¿No oyes que te lo estoy diciendo?

Ella.— ¿Y por qué?

Yo.— Porque tú no la vas a tener. La tengo yo.

Ella. (Con desprecio).— Sí. Ya sabía yo eso.

Yo. (Con gran lógica).— Sí. Tú lo sabes todo.

Ella.— ¡Pero eso sí!

Yo.— ¿Y eso qué tiene que ver?

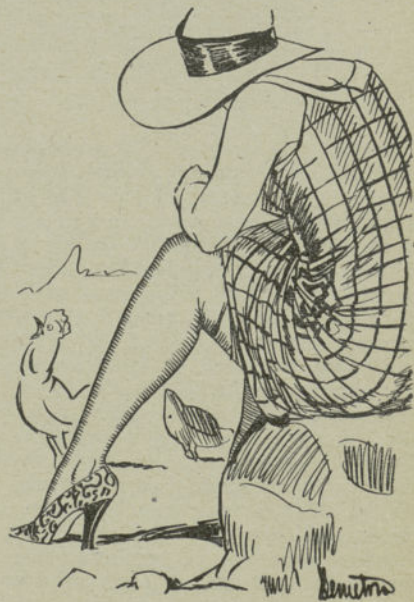
Ella.— ¡Que tú me obligas a ello.

Yo. (Excesivamente furioso).— ¿A qué te obligo yo?

Ella.— ¡Ah! ¿Tú no me obligas a nada?

Yo.— No, te digo que no.

Ella.— Está bien.



OBSERVADORA, por Demetrio.

— ¡Es curioso esto de que los gallos canten después de su discusión con las gallinas.

... ¡Si los hombres fueran tenores por la misma razón, menudo escándalo se armaría!

Yo.—¡Claro que está bien! ¡Estaría bueno!

Ella.—Pues eso. Estaría bueno.

Yo.—Sí. Eso. Estaría bueno. ¡Y no tengo que darte explicaciones!

Ella.—¡Ah! ¿No tienes que darme explicaciones?

Yo.—Yo no te tengo que dar a ti nada.

Ella.—¿Y ahora dices eso?

Yo. (Con gesto de lástima).—Lo digo ahora, porque no lo he dicho antes.

Ella. (Con tristeza).—Tú eres muy listo.

Yo. (Con ira).—No. La lista lo eres tú.

Ella. (Con soberbia).—¡Claro!

Yo. (Con gula).—¡Sí!

Y estuvimos así durante dos horas.

Al terminar, yo estaba muy contento y me dijo: "¡Qué bien discuto! ¡Qué manera de decir cosas sensatas y de razonar!"

Pero, claro, la dama, en vista de mis maravillosos razonamientos, a los dos días, se empezó a timar con todos los individuos que llevaban calcetines.

Y fué mi ruina.

Porque no estaba tranqui lo más que en las playas y en las tahonas.

¡Fuí muy desgraciado!

TERCERA PARTE

Las ventajas de haber crecido.

Pero los años han pasado.
Ya he crecido un poco.

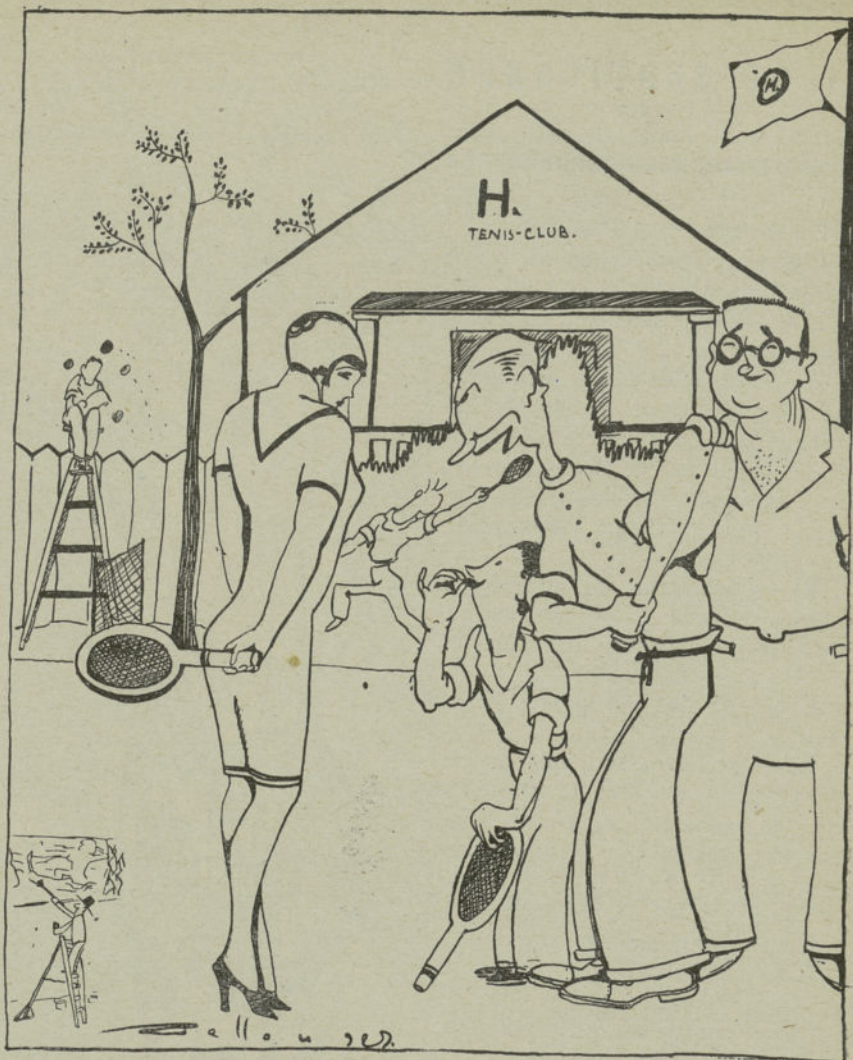


ESPIANDO, por Demetrio

—¿Pero qué hacen?

—Están discutiendo Pocholo y Maruchi detrás de unas matas...

...¡Maruchi parece querer quedar encima, porque dice que es ella la que tiene la razón... pero... ¡Atisa! ¡Maruchi ha perdido!



UNA DECIDIDA, por Bellón.

—¿Con quién va usted a jugar hoy, Lolita?

—Hoy no vengo con ganas de jugar; hoy vengo a algo más serio.

Y me afeito un día sí y otro no.

Y tomo vermouth.

Y sé arreglar las luces de mi casa.

Y empiezo a deber dinero.

Y no entro en ningún café de camareras.

Y, claro, he comprendido que tener celos es idiota.

Y que comprar cerillas de cinco, igual.

Y me río de todo eso.

Porque si yo, cuando estoy con mi novia, tocándola una cadera, tengo celos porque veo que está mirando a uno, hay que fastidiarse los que tendrá éste.

Y tener celos porque nuestra novia diga: "¡Qué simpático es ese amigo tuyo!", mientras que nos está haciendo cosquillas en el pañal, me parece igualmente absurdo.

Y pensando de esta manera, tiene una ventaja de que no hay que comerse las uñas ni dar paseos por las habitaciones, que siempre es molesto.

Lo primero, porque luego, no puede uno abrir los cortaplumas, y lo segundo, porque la mayoría de los celosos, tienen calles.

Los celos únicamente son una cuestión de amor propio.

Es que uno piensa que el individuo que se está timando con nuestra amiga, dice para sí: "Ese fulano que está con ella, es idiota."

Y esto, a uno le molesta bastante.

Pero yo tengo la seguridad de que cada habitante del planeta tiene a su alrededor catorce señores, de los cuales, siete piensan que uno es idiota y los siete restantes, que uno debía estar tirando de una carreta.

Y uno más, ¿qué importa?

¿No les parece a ustedes?

Porque, además, pensándolo bien, a lo mejor tienen razón.

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de Mihura.)

21 DE SEPTIEMBRE

Un mañana en el Parque.

Ella y él, sentados en un banco del jardín.

Ella.—Llega usted tarde. Tengo cuarenta años.

El.—Nunca es tarde para amar. Además, el tiempo se detiene, extasiado, ante las mujeres hermosas. Y en usted parece detenido entre los veinticinco y treinta años.

Ella.—Gracias; pero estas canas... Vea usted...

El.—Coquetaría de mujer no vulgar. Porque todos sabemos lo fácil que es cubrir lo que usted no intenta siquiera disimular.

Ella.—¿Y las arrugas?... Fíjese...

El.—Tan leves son, que no parecen huellas del tiempo, sino caricias de las sonrisas. Usted debió de reír mucho, por cualquier cosa...

Ella.—Verdad.

El.—¿Y sin amar?

Ella.—Sin amar.

El.—¿Porque no quiso usted?

Ella.—Porque no quisieron ellos.

El.—¿Es usted sincera?

Ella.—¿Le extraña?

El.—¿Que no quisieran ellos? ¡De acuerdo!

Ella.—No. Digo mi sinceridad...

El.—También. Pero sigamos mi camino, que puede llevarnos a la ventura.

Ella.—¿A la aventura? No es mucho.

El.—Sin a.

Ella.—Es demasiado.

El.—¿Por qué?

Ella.—No sé..., no sé; pero ya le he dicho que me parece tarde. ¡A los cuarenta años, poco podemos hacer ya!

El.—Me figuro que lo mismo que a los veinte, o, por lo menos, mejor, que es tanto como hacer igual o más.

Ella.—¡Oh! ¡No tratará usted de comparar la primavera con el otoño!...

El.—No. Porque acaso saldría malparada aquélla.

Ella.—Veo que lo ama usted apasionadamente.

El.—Aún me parece poco.

Ella.—Y a sus mujeres.



¡Le advierto a ustedes que si fumo es por tener algo entre los labios!...

Dib. de Picó.

El.—Mucho más. Nada hay comparable a una mujer hermosa y otoñal.

Ella.—Sin embargo...

El.—¿Qué?

Ella.—A su edad... Usted es joven...

El.—No sé. Tengo veinticinco años.

Ella.—¿Y no teme usted que le puedan señalar? Quien ama a las mujeres crepusculares, cuando hay tantas que comienzan a vivir, más parece anormal que consciente.

El.—Mejor. Para ser un poco anormal en amor, hay que ser otro poco de inteligente. Y usted perdóne...

Ella.—No hay por qué. Lo es usted.

El.—Sólo lo indispensable para enamorarme de una mujer que se rió de los años

Ella.—No hablemos de mí.

El.—¿Pues del quién, entonces?

Ella.—De ellas. Yo ya "pasé".

El.—Usted renacerá en mis brazos. Y vivirá, en unas horas, toda una vida. Porque el otoño tiene, a la par que sus languideces, ardores de estío y brotes de primavera.

Ella.—Tiene usted razón. ¡Pero está tan cerca del invierno! Adiós, amigo.

El.—Venga usted mañana. Comienza nuestra estación.

Ella.—21 de septiembre.

El.—¿Venidrá? ¿Me llegará a amar?

Ella.—Sí.

El.—¿A cuál pregunta ha respondido usted?

Ella.—No sé... A la que quiera...

Telón lento.

PABLO TORREMOCHA.

Madrid, 27.

FOTOGRAFÍAS

GALANTES: RARAS

Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correos

Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

BORDEAUX (FRANCIA)

SATISFECHA, por Demetrio.

La chata (que viene de la calle en la que la han piropeado a modo).—La verdad es que ha estado en lo justo ese salvaje tan simpático que me ha piropeado!



RECTIFICACION

En la segunda plana de cubierta y al pie de la foto, hemos escrito el nombre del gracioso Lepe, en lugar del del no menos regocijante y archipopular Rampper. A los dos les deseamos una salud a prueba de ácido prúsico y los duros a chorro.

Walken I de Córdoba, el mago de la fotografía, ha obtenido un éxito más en el concurso de belleza de A B C. Los dos premios que se habían de otorgar, los han obtenido los retratos de las escalofrantes Conchita Piquer y Trinidad Martínez Serra. ¡Y es que las nenas son guapas, pero es que cuando Walken destapa el objetivo, no queda más qué hacer a los demás mortales, que meterse en un rincón a llorar su desdicha! ¡Redíez con el manús!

En el ZOO CIRCUS

A la hora en que este número esté en manos del amable lector, ya habrán digerido el almuerzo que, dentro de la jaula de los leones (con ellos dentro), habrán celebrado algunos prestigiosos y corajudos periodistas. ¡Qué mal rato debieron pasar los leones! ¡Los pobres!...





Charlas de Incórdiez

Los pe mazos

¡Peor que el cólera y peor que unos zapatos estrechos, son los pelmazos! Sobre todo esos tíos tarugos que llegan inoportunamente a nuestra casa cuando nos disponemos a trabajar o a tratar con un visitante de un asunto de inapla-

zable y prolija discusión, ¡o lo que es peor!, cuando hemos recibido la visita de una señora a la que ya tenemos casi convencida de que la decencia estorba a ratos y la hemos asegurado bajo palabra de honor que si se tira cuan larga es en el sofá, no se hace ni pizca de daño: Entonces, cuando queremos aprovechar codiciosos los minutos antes de que ella se *raje*, ¡trrin!... suena alarmista el timbre y aparece el pelmazo en la puerta, al que sin dejarle pasar tratamos de convencerle con rencorosa palabra de que no debe entrar, porque estamos tratando de un asunto de familia con una señora a la cual ha de molestar la presencia de un desconocido y que... ¡Bueno! El tío pelma no se va, sonríe, dice que no quiere más que descansar cinco minutos, mientras bebe un vaso de agua y enciende un pitillo; total, que como nuestra casa es pequeña y apenas se pisa el pasillo se pisa toda la mansión, entra el tío y hay que presentarle a la dama, la cual, como no esté por nosotros como para malvender el corsé, se enfría, se rehace de su pasado encandilamiento, y se da cuenta de que sin la para ella providencial aparición de aquel caballero, estaría a aquella hora hollando su honor en la más indecente postura, ¡y cualquiera la saca a los medios otro día! Hace poco me sucedió con un pelmazo lo que os voy

a relatar: Estaba yo disfrutando del *trato directo* de una encantadora modelo de Demetrio, muchacha alegre si las hay, y que le importa un comino que la vean adánica. Estaba yo, como digo, retozando como en los mejores tiempos en compañía de la guapísima muchacha (que le da por los feos de remate) cuando sonó el timbre. Me asomé por la mirilla, y vi a un señor que hacía pocos días me habían presentado, y con el que en realidad no tengo amistad.

—¡Hola, señor Zocalillo! Suplico a usted que me dispense por no abrir, pero ¿sabe usted? Estoy con una señorita y... ¿comprende?

—¡Yo soy de confianza, amigo Incórdiez!—me replicó pegando la nariz al ventanillo.

—Pero, señor mío—repliqué, algo amoscado—tenga usted en cuenta que, tanto ella como yo, estamos en paños microscópicos y que lo que estamos tratando lo vamos a tomar en serio ahora mismo!...

—¡No importa; abra!...

Yo entonces, medio estrangulado por la indignación, le aullé por el ventanillo:

—¡Lo siento mucho, señor Zocalillo; pero no necesitamos el alumbrado de estearina, porque tenemos luz eléctrica!

Vuestro hasta la interstición,

INCORDIEZ



¡ES NATURAL, por Picó.

—Parece ser que te gusta más de la cuenta el baño...

—Sí; te confieso que me gusta; pero he podido observar que dentro del agua... ¡Nada!

Anuncios por palabras

Hasta 10 palabras, 80 céntimos; cada palabra más, 0,15. Las palabras mayores, a precios convencionales.

Joven vigoroso y de excelente presencia, pero apocado e irresoluto, desea complicidad señora que ya esté corrida cuando la conozca él. Escribid para este negocio, al Continental Zurriago, a nombre de Agapito Caldeado y Corto.

Señora de buen ver, que vive sola, buena casa, desea cocinera buena presencia, especialidad en la de patatas. Escribid a las iniciales B. O. Y. O.

Matrimonio joven desea cuidar caballero sólo, comprometiéndose marido hacer recados largas distancias para justificar tardanza y toser fuerte antes llamar puerta. Escribid Continental Zurriago.

Jovencita muy linda, desea ayuda, cincuenta pesetas mensuales por inocente menester de registrar bolsillos pantalón a caballero formal, que no rebuzne ruidosamente. Escribid Gacela, Continental Zurriago.

Se garantiza un regocijo de tres horas seguidas mediante la entrega de cincuenta pesetas, casa discreta, portero librea. Las precauciones corren a mi cargo. Lola, Continental Zurriago.

Cicerone para acompañar picos pardísimos a forastero adinerado, se ofrece cien pesetas hora de verano Alcahuetez.

Camas fresistencia para grecorromanos. Paseo Taciturnos, 16, Madrid.

Artista circo, contorsionista, se ofrece mientras le sale contrata para atender a varios quehaceres a un tiempo. Escribid, Anguila.

TODA LA CORRESPONDENCIA
AL APARTADO 8.032



¡Qué bocones son los hombres; jamás me ha cumplido ninguno el vasto programa que me ofreció!

Dib. de Byron.

SILUETAS DE LA ESCENA GALANTE

Laura y Victoria: "Las Pinillos"

Princesas frívolas de reino de Tabaarín. Desnudos luminosos, irreales; formas flexibles, felinas, elásticas, con la airosa gracia latina de la curva. Adorables por femeninas. La gracia moderna en la Venus de nuestros días, nuestra época tan feliz para la mujer, brilla graciosamente en sus pupilas rientes. La línea blanca, como una idea, estilizada, de sus figuras, juega en el negro fondo de la escena. Sus manos, remate en flor de sus siluetas que oscilan, rítmicas, en la danza. Contraste el de las danzas en boga, fuertes, duras, con la columnita de humo azul, quebradiza, ingeniosa, moderna, culta, de sus personalidades. Serían el grafismo de la música de violines. Fácilmente adaptables, en el medio ambiente de ahora, reúnen la luminosidad de la vida moderna, poniendo en ella el genio imprescindible a nuestras exigencias espirituales. Sin extranjerismos, se nos antojan exóticas en nuestra escena y en el extranjero llevan la gracia perfumada de nuestro ingenio. Saben detener el tiempo y, siendo jóvenes, simulan adolescentes; Laura, de ellas, es la feminidad más sugestiva, por supuesto.

El buen gusto, el aristocratismo, tan difícil—y por ello más estimado—, preside su parte?. Sí, arte, no en el sentido manido y un poco desacreditado, sino en el amplio criterio de belleza del arte, que puede hallarse en una sonrisa de mujer. Quedarán perennes como la línea griega. Derrotan lo barroco en las exhibiciones del género. Y no es el arte que las hace, sino ellas, que aportan la gracia íntima de sus vidas, las que aportan, a la escena frívola.

Y la sensualidad frívola, elegante, amable, risueña y civilizada, "bien", encuentra en ellas su molde adecuado.

Un motivo decorativo forman de por sí Una figurina de mujer, ataviada de blanco, suspendida, según semeja, de otra figura, varonil ésta, cubierta de negro en feliz contraste con la pechera blanca, nítida, que cubre el pecho abombado. Una luna arbitraria, caprichosa, también decorativa, en el cielo terciopelo azul, estrellas plateadas, de blanca luz engañosa. Y un fondo de parque en silencio.

Y perderse luego, en el estuche de un coche lujoso, por la sierpe sin fin de una carretera brillante, ideal camino sembrado de polvo de estrellas. Perderse para encontrar el amor perfumado de un seno blanco que, tímido y amante, duda en lucir su gloria velada por el encaje o esconderse en el tibio rincón aromado.

ANGEL DE LAS BÁRCENAS,

Bocadillos de Verano

—¡Mira Polín, conmigo no vuelves a bañarte más! ¿Te enteras?

—Pero, ¿por qué? Fifita.

—Porque me has puesto el cuerpo de cardenales que es un espanto.

—Pero, mujer; ¿no te he dicho ya que yo no he sido, que era un pulpo?

—¡Sí sí! A ver si te crees que yo no tengo tacto...

—¿Sabes que Pilín venció ayer en las regatas?

—No. ¿Cómo fué?

—Muy sencillo. Se dejó atrás a Chuchín, su rival, porque ésta, en el momento decisivo, no supo ceñirse como Pilín a la boya.

—Es que Pilín en eso es maestra...

—Marqués, ¿por qué no sube usted con nosotras a lo alto del monte?

—Porque, hijas mías, a mi edad no puedo llegar más arriba de la falda...

—¡Ay, Antonio, qué susto he pasado!

—¿Por qué, Mercedesitas?

—Figúrate que alquilé un burro para subir al Pinar de arriba y cuando iba más confiada, el burro que se encalabrina...

—Y eso, ¿qué tiene de particular? Yo no soy burro pero me pones en su caso y a los cinco minutos ando a cinco pies.

—¿Habéis visto qué escándalo?

—No, ¿qué sucede?

—Lolín y Alfredo que han dado en decir que el río de este pueblo es ideal para bañarse porque tiene un lecho arenoso muy fino...

—¿Y qué?

—Pues que se pasan todo el día en el lecho...

—¿Sabes que Marichu se ha tirado al mar?

—¡Qué dirá su marido cuando lo sepa!

—No creo que le haga sensación, ¡Está tan acostumbrado a sus extravagancias!...

—¿Por qué no se baña Paulita?

—Porque dice que este mar es una bierria sin fondo. Dice que no tiene más

que un metro y con un metro no tiene ella ni para empezar a moverse.

—¡Siempre ha sido una ansiosa!

—Pero hija, ¿qué has hecho para romper así el maillot?

—Es que he estado haciendo la plancha con Arturito.

—Pues cualquiera diría que en vez

de la plancha habéis estado haciendo el sacacorchos...

—¿Quién es aquella morena berrenda en guapa que está en la playa?

—Es una viuda muy interesante. El año pasado vino a ver si pescaba un novio.

—¿Y lo pescó?

—Pescó un chico nada más...

FIDEL PRADO.



La del espejo.—¡A mí no me esclaviza de mala manera ningún tío!

La otra.—¡Qué orgullosa te pones con tu belleza!... Si yo fuera hombre las ibas a pasar moradas.

—¡Puede que transigiera con ese color!

Dib. de Picó.



LA MODA EN LOS USOS Y COSTUMBRES

Actitud que deben adoptar las señoras y señoritas en las visitas que no sean de confianza. Se trata de evitar que los caballeros que estén presentes, y por la falta de confianza, tengan que mirar las piernas de reojo. Así las ven a su placer y sin molestias.

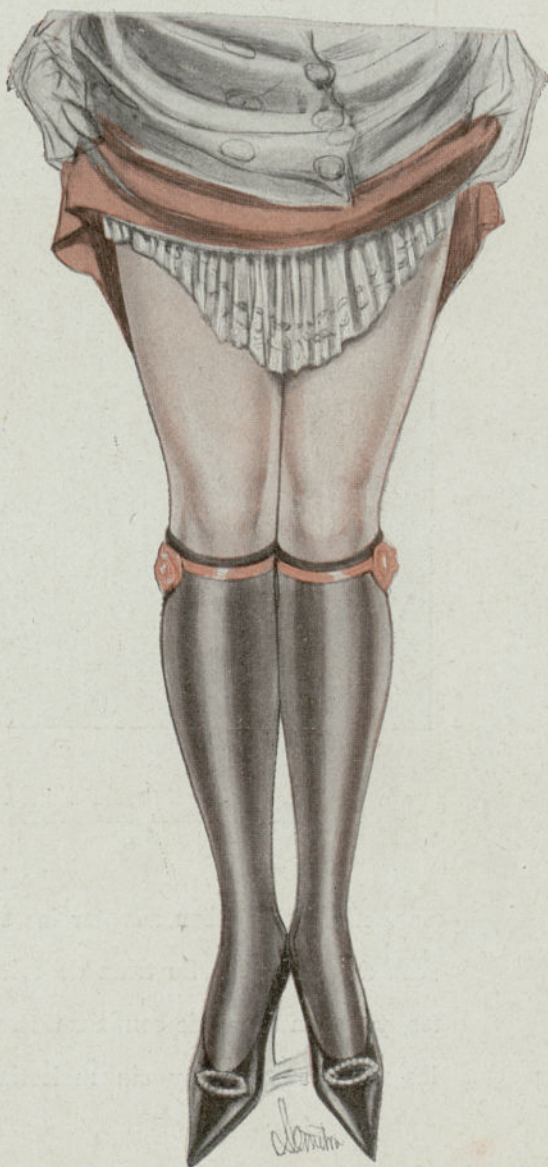


La BIBLIOTECA DE COSQUILLAS ha puesto a la venta un número EXTRAORDINARIO que escalofrís de bonito

P I E R N O G R A F I A S

es su título y el texto y los dibujos son de Demetrio y Picó.

50 CENTIMOS es su precio, pero se está terminando a carrera de galgo.



¡Vaya prólogo que he urdido para el EXTRAORDINARIO de la BIBLIOTECA DE COSQUILLAS!